

cial; será preciso que me muestre alegre, que cante y que ría.
¡Si tuviese valor!

VIII

Mustafá

Fuí asaltada por una de estas hermosas resoluciones que son una fase ó una crisis de la existencia.

Me despojé de mi bata y me vestí del modo más sencillo que pude. Un vestido de casimir negro que usaba para mis paseos sobre el Sena. Ni una joya. Un sombrero de encajes negros, y los cabellos en bandó.

Para tener un aspecto más sencillo tomé un paraguas.

—¡Adiós! exclamé dirigiendo una mirada á la habitación.

—¿Adónde va usted? preguntóme Antoniette.

—Al jardín.

—¿Al jardín? ¿Un paraguas haciendo tan hermoso día de sol?

—Es una sombrilla, respondí.

Y me encaminé directamente á la cuadra. Estuve un momento, la dejé llenos los ojos de lágrimas al abandonar á mi caballo. Era lo que más quería de aquella casa.

—¡Adiós, querido Mustafá!

Quedéme un instante más por él, abracé su cabeza veinte veces. Parecía comprenderme y relinchaba.

Cuando pasé el dintel de la casa, ¿á dónde iré? me preguntaba. Fuíme por la gran avenida de Neully para tomar el ómnibus,

más orgullosa que si subiera á un coche tirado por cuatro alazanes. Y es que me sentía digna de mí y de mi madre. Conquistaba mi libertad. Ya no viviría más para el placer de un buscador de distracciones. Sin embargo, no me atrevía á ir directamente á casa de mamá. En no recuerdo qué novela de Mariaux, escritor conciso que dice mucho en frases sencillas, la heroína no sabiendo adónde ir, exclama viendo pasar á otras jóvenes de su edad, «¡qué dichosas son! alguien las espera.» Esta frase salida del corazón acudió á mi mente cuando al bajar del ómnibus me encontré sola. Dos jóvenes bajaron al mismo tiempo, llevaban ramos de flores en las manos y parecían tener ansiedad por llegar.

—¡Qué dichosas son, dije yo, también tienen quien las espere!

Las seguí inconscientemente pensando la forma de sorprender á mi madre.

De pronto abrióse una puerta muy grande y una mujer apareció en el dintel, las dos jóvenes se arrojaron en sus brazos.

—¡Qué felices! exclamé una vez más.

Sentíame la criatura más desamparada de la tierra; la heroína de Marivaux, no fué abandonada por el cielo, mientras que á mí Dios mismo me olvidaba.

Había neciamente pisoteado el honor de mi familia. Por la vanidad de subir á un carruaje, había sacrificado mi corazón, mi virtud, mi religión. Por primera vez juzgaba severamente mi indignidad y hubiese querido morir para que la tierra me cubriese.

Entré en un café solitario y escribí á mi madre:

«Mamá: Estoy triste y soy desgraciada. ¿Quieres perdonarme?»

Envié esta carta por un auvernés que á la media hora regresó con esta respuesta:

«Te espero hace seis meses. Únicamente las madres cuentan bien las lágrimas.»

IX

El hijo pródigo

Con vivísima emoción pisé el suelo de aquel diminuto jardín de Passy, donde fui tan dichosa ignorando que la dicha residía allí.

Todo era un reproche para mí, los árboles despojados por el otoño, las hojas alfombrando la arena y alguna que otra flor de Octubre que moría de frío, todo me recordaba mi ingratitud con aire desolado.

Hubiera querido llorar, pero contuve mis lágrimas.

Mi madre desde la ventana me vió en el jardín, dió un paso hacia mí y quedóse quieta como petrificada. Corrí y me arrojé en sus brazos, prorrumpiendo en sollozos y caí de rodillas.

—¡Mamá, si tú supieses cómo he sido castigada!

No respondió; no podía llorar ni hablar. Quiso ignorarlo todo, y prefirió el silencio.

Aquel silencio me hirió. Yo hubiese querido decirlo todo, desahogar mi corazón, confesar mi falta, ¡ah! comprendí aquel día la confesión,

Todas las mujeres nacen con un granito de impiedad heredada de su primera madre.

Ese grano depositado en el corazón florece hasta que las primeras lágrimas de la pasión las hacen refugiarse en Dios y aman entonces á la religión. He aquí cómo Magdalena arrepentida, será siempre el mas hermoso símbolo de la perfecta pecadora.

Nos dispusimos á almorzar y nos sentamos á la mesa, en aquella mesa pequeña y frugal que me sonreía en todos los orgiásticos agapes; mi madre no mató el buey más gordo para el hijo pródigo; un huevo frío, una costilla, cuatro nueces y un racimo de uva para las dos.

No nos dijimos nada. Contemplaba á mi madre á hurtadillas, no atreviéndome á mirarle de frente. A cada instante quería levantarme para arrojarme sobre su corazón. Sin embargo no lo hacía sintiéndome indigna de aquella hospitalidad.

Nada cambió en la casa, todo quedó en su sitio, guardando su especial fisonomía. El sol jugaba á través de las cortinas, y el *cucú* aparecía alegremente al dar la hora, los antiguos grabados representaban siempre la vida de Atala y Chactas, como Pablo y Virginia.

Al caer la tarde me sorprendió el batir de alas de un pájaro. Era el gorrion que había yo domesticado, mi pobrecito y cariñoso *Touchatout*, que venía á picotearme los labios.

Había olvidado aquel diminuto amigo. Fué un goce, una alegría verdadera y pro-